



El viaje en la geografía moderna

Pilar Paneque Salgado y Juan Francisco Ojeda Rivera
(Editores)

un
i Universidad
Internacional
de Andalucía
A

Antonio Machado, el ‘camino’ como metáfora de la vida

Joan Tort i Donada
Universidad de Barcelona

A Juan Francisco Ojeda Rivera, desde la amistad

1. Introducción

Nos proponemos hacer una breve inmersión, desde una perspectiva eminentemente geográfica, en el pensamiento y en la obra de Antonio Machado. Para ello tomaremos, como eje directriz de nuestra reflexión, un tema que de modo explícito o implícito recorre prácticamente el conjunto de su legado: la idea de *camino*. Una idea que en el poeta de Sevilla tiene por regla general un claro trasfondo filosófico, pero que, atendiendo a la peripecia vital del escritor y, en buena medida, a su obra literaria, cabe interpretar también como equivalente a *viaje*, *itinerario* o *excursión*, particularmente en el sentido de «medio privilegiado de acceso al conocimiento (del mundo)».

En el contexto de las aproximaciones que en los últimos años se han llevado a cabo, desde la geografía, a la obra creativa de Antonio Machado (Terán, Martínez de Pisón, Alonso Otero), nos proponemos explorar de qué manera la construcción de su poética, fundada a menudo en la percepción y en la vivencia del paisaje más próximo y más cotidiano, tiene en la idea expuesta de *camino* un referente significativo, sea en un plano real o metafórico.

Al margen del hecho incuestionable que la figura y la obra de nuestro personaje hayan sido estudiadas con profusión, y desde una gran diversidad de perspectivas, nuestra contribución pretende reivindicar también, a través de la figura particular de Antonio Machado, la convergencia de miradas que puede llegar a darse entre *literatura* y *geografía*. En otras palabras: insistir en el interés potencial de la lectura y de la investigación, desde ópticas específicamente geográficas, de autores en cuya obra el *territorio* (entendido de una forma abierta, en toda su multiplicidad de significados y de escalas de referencia) tiene una dimensión fundamental y que, en el plano literario, han alcanzado el máximo nivel de reconocimiento y consideración.

Hemos organizado el texto en cuatro apartados, además de la introducción (que incluye un apunte sobre la dimensión filosófica de la geografía). En primer lugar abordamos las aproximaciones realizadas a la figura de Machado (y en especial a determinados temas de su obra, como el paisaje castellano) desde la geografía. A continuación, y como paso previo al análisis que nos planteamos hacer, tratamos de contextualizar a nuestro personaje en su condición de *pensador* (por utilizar un término comprensivo de sus diferentes facetas como intelectual: poeta, filósofo, escritor, profesor), que tuvo siempre, en todo caso, la *palabra* como herramienta de uso fundamental. Seguidamente entramos en lo que es nuestro tema de reflexión central: la idea de *camino* en relación con el universo global de Machado, y la proyección que este concepto llega a tener en diferentes planos de su obra. Finalmente, un breve epílogo nos permite recapitular sobre algunas cuestiones analizadas y subrayar algunas ideas a modo de conclusión.

1.1. Apunte preliminar. Sobre la dimensión filosófica de la geografía

En el marco de este epígrafe introductorio, creemos necesario decir que nuestra aproximación a la figura de Machado, más allá del enfoque geográfico pretendido, tiene un innegable trasfondo filosófico. Y lo tiene, sobre todo, por dos motivos: de un lado, por el hecho mismo que en el autor de referencia resulta prácticamente imposible deslindar su quehacer de escritor de su quehacer de filósofo; del otro, porque el tema escogido (la noción de *camino*, que en la poética de Machado oscila entre lo concreto y lo metafísico), nos sitúa ante una tesitura en la que, inevitablemente, lo filosófico deviene un componente esencial.

En este punto, y a pesar de las dificultades que entrañaba seguir la senda esbozada, hemos considerado que abordar el pensamiento de Machado desde la geografía nos ofrecía una oportunidad única: la de poner en relieve que la «reflexión global» de un escritor como el que nos ocupa, con toda su profundidad y su multiplicidad de registros, no tiene por qué ser ajena al universo propio del geógrafo. Sobre todo, si entendemos este universo en el sentido de la geografía clásica; tal como lo concebía, concretamente, Estrabón. Porque, a nuestro entender, los argumentos que aportó este autor para justificar la base filosófica de la geografía mantienen hoy día, plenamente, su razón de ser (y son el motivo, en el fondo, que estemos ahora mismo abordando este estudio). Unas palabras de Arturo A. Roig –estudioso del filósofo grecolatino– nos parecen, al respecto, especialmente clarificadoras:

«Para Estrabón son geógrafos todos aquellos escritores que han demostrado un espíritu suficientemente amplio como para conciliar de modo armonioso los conocimientos diversos que son necesarios para el desarrollo de la ciencia geográfica, y *sucede que esta amplitud de espíritu es además, precisamente, la que caracteriza al filósofo.* (...) Para Estrabón, todos estos hombres tienen un rasgo común, una inspiración análoga, que es *la tendencia a la generalización, a la síntesis de los diversos órdenes del saber humano, tendencia que constituye para él al buen filósofo y al buen geógrafo.*» (Roig, 1980: XVII-XVIII)¹

Desde una voluntad básica de sumergirnos en el riquísimo universo de Machado, y de extraer de él ideas, elementos y sugerencias que sea posible compartir y desarrollar desde el punto de vista de la geografía, emprendemos este estudio.

2. Machado desde la geografía

Nuestro análisis se fundamenta esencialmente en una premisa: la obra, y el pensamiento en general, de Antonio Machado, por su dimensión *existencial* –es decir, íntimamente implicada con lo que Joan Maragall identificaba como «la emoción general humana» (Tort, 2009 y 2010)–, tiene un interés geográfico de primer orden. Un interés que, lejos de circunscribirse a la vertiente específicamente *descriptiva* o *territorial* de su producción literaria (ámbito en el cual este interés es explícito y visible) tiende a extenderse, además, hacia las diferentes formas de expresión lírica o de elaboración literaria del propio autor insertables en una coordenadas de espacio y tiempo definidas.

Sírvanos como punto de referencia de la consideración anterior un breve apunte autobiográfico del propio Machado recogido por Heliodoro Carpintero (y transcrito en Alonso 2009: 259):

«Soy hombre extraordinariamente sensible al lugar en que vivo. La geografía, las tradiciones, las costumbres de las poblaciones por donde paso, me impresionan profundamente y dejan huella en mi espíritu. Allí, en el año 1907, fui destinado como catedrático a Soria. Soria es lugar rico en tradiciones poéticas. Allí nace el Duero, que tanto papel juega en nuestra historia. Allí, entre San Esteban de Gormaz y Medinaceli se produjo el monumento literario del poema del Cid. Por si

¹ La cursiva es nuestra.

esto fuera poco, guardo de allí el recuerdo de mi matrimonio con una mujer a la que adoré con pasión y que la muerte me arrebató. Y ‘viví y sentí’ aquel ambiente con toda intensidad. Subí a Urbión, al nacimiento del Duero. Hice excursiones a Salas, escenario de la leyenda trágica de los Infantes. Y allí nació mi poema de Alvargonzález.»

La lectura de la obra de Machado en clave geográfica, como posibilidad permanentemente abierta, permite que en la práctica podamos hablar de un interés muy grande de este autor en una perspectiva actual y de futuro. De hecho, hasta el momento las aproximaciones a su estudio realizadas por geógrafos o desde una óptica específicamente geográfica, han sido, a pesar de su carácter puntual, altamente significativas. Un buen ejemplo de ello lo constituye el artículo reciente que acabamos de citar (Alonso, 2009), el cual proporciona una muestra elocuente –a través de la selección de poemas que incluye– de la profundidad de la *dimensión paisajística* (y, propiamente, de los paisajes de Soria) en la obra de nuestro escritor. También cabe citar la prospección de Manuel de Terán en la relación de Antonio Machado con la Institución Libre de Enseñanza (Terán, 1976); un tema cuya relevancia se hace visible cuando atendemos la importancia que adquiere en Machado (él mismo, profesor a la par que escritor) todo lo que tiene que ver con la enseñanza, con la pedagogía y con la transmisión del conocimiento.²

En cualquier caso, la referencia imprescindible en la consideración de Antonio Machado desde la geografía la tenemos en el ensayo que Eduardo Martínez de Pisón escribió, hace unos años, sobre el paisaje en la Generación del 98 (Martínez de Pisón, 1998). Todo un capítulo de esta obra, con el significativo título de «La geografía emotiva de Antonio Machado»,³ está dedicado al escritor soriano. En él Martínez

² Oreste Macrí, en la «Introducción» de la edición crítica de las Poesías completas de Antonio Machado, considera que la influencia de la Institución en la educación del poeta fue decisiva en la medida en que fijó determinados rasgos de su personalidad: «(...) el seco y sencillo heroísmo de su carácter, su espíritu laico y liberal, su evangelismo puro y el franciscanismo como metáforas de absoluta pureza y honradez; su europeísmo de cultura, la sutil inquietud del hombre moderno e iconoclasta (...) y el celo de la verdad y autenticidad de sus creencias fundamentales (Macrí, 1989: 15).

³ De hecho, el título recrea la expresión que Machado utilizó en el encabezamiento de uno de sus cancioneros: «Apuntes líricos para una geografía emotiva de España» (Machado, 1989, Poesías completas, apartado «Poesías sueltas», epígrafe LVII, pp. 804-807).

de Pisón apunta lo que a nuestro entender son dos rasgos clave para la comprensión, en toda su complejidad, de la dimensión geográfica de Machado: por un lado, la inclinación *por la visión directa de la realidad*; por el otro, la particular posición de «impasividad» que adopta el poeta respecto a la naturaleza y el paisaje y que le lleva a sentirlos como algo «ajeno, indiferente a la soledad activa del contemplador» (Martínez de Pisón, 1998: 81). En relación con este último rasgo, creemos que resulta ilustrativo un párrafo del propio Machado donde, por boca de su *alter ego* Juan de Mairena (y siguiendo la fórmula del «diálogo socrático» con sus alumnos, característica de la obra de referencia), hace explícita con gran claridad su particular manera de *mirar*:

«Nuestro amor al campo es una mera afición al paisaje, a la Naturaleza como espectáculo. Nada menos campesino y, si me apuráis, menos natural que un paisajista. Después de Juan Jacobo Rousseau, el ginebrino, espíritu ahíto de ciudadanía, la emoción campesina, la esencialmente geórgica, de tierra que se labra, la virgiliana y la de nuestro gran Lope de Vega, todavía, ha desaparecido. El campo para el arte moderno es una invención de la ciudad, una creación del tedio urbano y del terror creciente a las aglomeraciones urbanas.

¿Amor a la Naturaleza? Según se mire. El hombre moderno busca en el campo la soledad, cosa muy poco natural. Alguien dirá que se busca a sí mismo. Pero lo natural en el hombre es buscarse en su vecino, en su prójimo, como dice Unamuno (...). Más bien creo yo que el hombre moderno huye de sí mismo, hacia las plantas y las piedras, por odio a su propia animalidad, que la ciudad exalta y corrompe. Los médicos dicen, más sencillamente, que busca la salud, lo cual, bien entendido, es indudable.» (Machado, 2003, I, pp. 218-219)

3. Entre la poesía y la filosofía. Machado, creador desde la palabra

Somos de la opinión que, en la historia de las letras españolas contemporáneas, en pocas ocasiones se ha dado una convergencia tan plena y tan intensa, y tan rica en reciprocidades, entre el discurrir filosófico y la creación literaria (entendida como hecho en sí mismo) como en el caso del poeta Antonio Machado. Dicho en palabras de José Echeverría, uno de sus estudiosos: «Nadie, a mi parecer, podría hoy desmentir con fundamento la afirmación de que Antonio Machado es un poeta-filósofo: poeta de la filosofía no menos que filósofo de

la poesía, sin por ello dejar de ser en momento alguno un poeta a secas.»⁴

No es necesario entrar en un nivel de análisis detallado, ni de la obra ni de las ideas de nuestro personaje, para corroborar esta afirmación. Sin alejarnos de la metáfora sobre la que construimos nuestra argumentación principal, la idea de *camino*, es fácil ofrecer ejemplos en los que enunciados breves, y de composición formal sencilla, encierran una potente carga de reflexión:

¿Para qué llamar caminos
a los surcos del azar?...
Todo el que camina anda,
como Jesús, sobre el mar.⁵

Antonio Fernández Ferrer, editor de *Juan de Mairena*, una de las obras de Machado en las que se hace más evidente el trasfondo filosófico, advierte sobre la «incomodidad» que supone, en ocasiones, abordar Machado desde el punto de vista de las clasificaciones académicas. Sin ir más lejos, y a propósito de la obra mencionada, señala que «por su talante fronterizo entre literatura y filosofía, coinciden en esquivarla los manuales de estas dos disciplinas que hoy suelen enseñarse en facultades universitarias distintas.»⁶ Tal caracterización, de acuerdo con algunas interpretaciones globales de la obra de nuestro escritor (García Bacca, 1975 y 1984), podría fácilmente predicarse del conjunto de su producción. E, incluso, a un nivel meramente formal. Porque, para Machado, «prosa y poesía fueron siempre, como para tantos otros escritores, aportaciones ‘complementarias’ y de ninguna manera consecuencia de fases alternativas o excluyentes.»⁷

Dejemos, en todo caso, que sea el propio Machado quien, desde el distanciamiento que le permite hablar a través de su heterónimo *Juan de Mairena*, nos despeje toda duda acerca de la supuesta dificultad de inserción de los saberes dentro de un compartimento u otro:

⁴ Echeverría, 1985: 106.

⁵ Machado, *Poesías completas*, libro «Campos de Castilla», epígrafe ‘Proverbios y cantares’, p. 569.

⁶ Fernández Ferrer, 2003, p. 11.

⁷ *Ibid*, p. 13.

«Algún día –habla Mairena a sus alumnos– se trocarán los papeles entre los poetas y los filósofos. Los poetas cantarán su asombro por las grandes hazañas metafísicas, por la mayor de todas, muy especialmente, que piensa el ser fuera del tiempo, la esencia separada de la existencia, como si dijéramos, el pez vivo y en seco, y el agua de los ríos como una ilusión de los peces. Y adornarán sus liras con guirnaldas para cantar esos viejos milagros del pensamiento humano (...) Los filósofos, en cambio, irán poco a poco enlutando sus violas para pensar, como los poetas, en el *fugit irreparabile tempus*. Y por este declive romántico llegarán a una metafísica existencialista, fundamentada en el tiempo; algo, en verdad, poemático más que filosófico. Porque será el filósofo quien nos hable de angustia, la angustia esencialmente poética del ser junto a la nada, y el poeta quien nos parezca ebrio de luz, borracho de los viejos superlativos eleáticos. Y estarán frente a frente poeta y filósofo –nunca hostiles– y trabajando cada uno en lo que el otro deja.» (Machado, 2003, I, p. 263)

No está de más recordar, en este punto, como subraya Fernández Ferrer, que en la construcción del «filósofo»⁸ Machado unos determinados nombres juegan un papel especialmente significativo...«Tres son las influencias hispánicas más relevantes que podemos relacionar con la prosa machadiana: Unamuno, d'Ors y Ortega.»⁹ Por otro lado, y según el propio Fernández, «el filósofo extranjero más influyente en la prosa machadiana es, en muchos sentidos, Friedrich Nietzsche. (...) Nietzsche es el indudable maestro en el filosofar discontinuo, ajeno al tratado sistemático y globalizador; insuperable en la chispa instantánea de cada párrafo. (...) Hay que citar, también, los nombres de Schopenhauer, Kant, Leibniz y, por supuesto, Bergson, como los pensadores más frecuentados por Machado. Bergson, en particular, es una temprana y trascendental aportación a su pensamiento.»¹⁰ Cabe subrayar, en cualquier caso, la relevancia que tuvo este autor –a quien

⁸ Tildar de 'filósofo' a Machado debe hacerse con todas las reservas, pues el poeta, como apunta Fernández Ferrer (2001, p. 31), «jamás tuvo ni la más remota intención de considerarse *filósofo* en un sentido académico o profesional de la palabra.»

⁹ *Ibid.*, p. 33. Como compendio y valoración de estas influencias en Machado, véanse, en esta obra, pp. 33-39.

¹⁰ *Ibid.*, p. 39-40. Un texto muy recomendable de este filósofo, cara a valorar la influencia de sus ideas en el pensamiento de Machado, es Bergson (2004).

el propio poeta calificó como «el filósofo definitivo del siglo XIX»¹¹ en la construcción de lo que Oreste Macrì denomina la «dimensión filosófica existencial» de Machado. Dimensión que, según Macrì, queda perfectamente sintetizada en una simple frase de su Discurso para la Academia –texto que escribió en 1931: «La vida es el ser el tiempo, y sólo lo que vive es».¹²

3.1. Apunte sobre el lenguaje

El complejo universo de Machado se sustenta en la *palabra* como directriz fundamental. Bien mirado no podía ser de otro modo, en un autor en el que «pensamiento» y «acto creativo» (en prosa o en verso) se entrelazan de un modo indisociable y sin solución de continuidad. Una vez más, una reflexión de Mairena resume con gran concisión el valor fundacional, en el sentido genuinamente ontológico, que nuestro autor otorga al que sería el primero de todos los conceptos, el logos o «palabra»: «Hemos de vivir en un mundo sustentado sobre unas cuantas palabras, y si las destruimos, tendremos que sustituirlas por otras. Ellas son los verdaderos atlas del mundo; si una de ellas nos falla antes de tiempo, nuestro universo se arruina.»¹³ Posición, por otro lado, que en opinión nuestra presenta unas extraordinarias simetrías (por lo general, no demasiado advertidas) con el pensamiento de Joan Maragall, y concretamente con su modo de entender la esencia de la palabra y del lenguaje —brillantemente resumido en su discurso Elogi de la paraula¹⁴—.

En cualquier caso, lo que resulta evidente en el lenguaje de Machado es la coexistencia de un verdadero binomio (que se resuelve en paradoja, según Ángel González): por un lado, simplicidad y claridad; por el otro, ambigüedad y complejidad. En palabras de este autor:

«El misterio de la poesía de Machado se nos presenta, en principio, como la oposición de dos realidades contradictorias que se resuelve en equivalencia o identidad: por una parte un uso natural

¹¹ Citado por Gibson, 2006, p. 230.

¹² Macrì, 1989, p.119.

¹³ Machado, Juan de Mairena, I, p. 322.

¹⁴ Respecto a esta cuestión remitimos al lector al epígrafe «Joan Maragall: la palabra como medida de lo real», en Tort, 2010, pp. 115-117.

—relativamente natural— del lenguaje, y un mundo aparentemente limitado; y por otra parte, la complejidad de las significaciones, la ambigüedad —que, en vez de reducirse, crece a medida en que se insiste en la lectura de los poemas que las expresan—. (González, 1982, p. 41-42)

La agudeza de la observación transcrita se nos hace evidente en cuanto tomamos conciencia de los niveles de complejidad en que se desenvuelve tanto la poesía como el conjunto de la obra de Machado. Pero ello no es óbice para que en la base, en el punto mismo de partida, reconozcamos que estamos fundamentalmente ante un escritor; esto es, ante alguien que toma la palabra como medio de expresión de su proceso creativo; y la toma, en un primer momento, como «sustancia hablada», antes que como «sustancia escrita». Una vez más, en la voz de Juan de Mairena:

«Cada día (...) la literatura es *más escrita y menos hablada*. La consecuencia es que cada día se escriba peor, en una prosa fría, sin gracia, aunque no exenta de corrección, y que la oratoria sea un refrito de la palabra escrita, donde antes se había enterrado la palabra hablada (...). Lo importante es hablar bien: con viveza, lógica y gracia.»¹⁵
«Sobre la claridad he de decir que debe ser vuestra más vehemente aspiración.»¹⁶

4. La idea de *camino* en Machado: una metáfora global

4.1. De referente literario a referente geográfico

Trataremos de desarrollar, sobre la base de lo expuesto hasta aquí, una interpretación argumentada de la significación que tiene la idea de *camino* —en sentido metafórico, más que real— en la cosmovisión de Antonio Machado. La elección de este concepto, como referente y guía de nuestro análisis, lejos de obedecer al azar, obedece a un triple motivo: a) el hecho de tratarse de una *idea central*, algo así como una tesis o trasfondo filosófico, que recorre de modo generalmente implícito el conjunto de su obra (y nos atreveríamos a decir: el conjunto de su vida); b) la ambivalencia que se desprende de la idea de *camino*

¹⁵ Machado, *Juan de Mairena*, I (2003), p. 76. La cursiva es del original.

¹⁶ *Ibid*, p. 325.

según Machado –un es, y a la vez, un *no es*– que le permite un juego literario de infinitas posibilidades (hasta el punto, según pensamos, que cabría una lectura en esa clave de una gran parte de su obra), y c) el hecho semántico mismo del concepto de *camino*, entendido como «vía», «senda» o «itinerario» que permite transitar de un punto a otro, y en el que debemos reconocer, en el origen, una razón de ser genuinamente geográfica.

Un apunte en clave literaria de Concha Zardoya, respecto de la significación del *caminar* y del *camino* en Machado, creemos que resume con claridad y viveza la idea que hemos tratado de explicar:

«El poeta es alma siempre en camino y, por tanto, siempre haciéndose y siempre por hacer: alma en camino que escapa hacia el sueño. Si Heráclito es asociado siempre a su imagen o metáfora del río, a Antonio Machado hemos de asociarlo al camino: camino que se da en el espacio, pero que se recorre en el tiempo. (...) El camino machadiano es una fuerza dinámica que impulsa al hombre: que es el hombre vivo, viviente, viviendo. (...) La imagen objetiva del tiempo vital que progresa hacia su vivir –su futuro– y hacia su muerte. (...) El camino machadiano es imagen que ilustra claramente aquella idea orteguiana de que ‘vivir es, de cierto, tratar con el mundo, dirigirse a él, actual con él, ocuparse de él’. (...) Vivir era, para él, hacerse el propio camino: caminar libremente, con los ojos puestos en la tierra y, también, sobre el cielo.»¹⁷

4.2. El camino como expresión genuina de la idea de temporalidad

Frente a una idea meramente física, estática y, en cierto modo, convencional de ‘camino’, en el sentido de «vía construida para transitar»,¹⁸ descubrimos a lo largo de la obra de Machado una amplia y profusa utilización de este concepto en sentido figurado y, a menudo, metafórico. Diríase, en este sentido, que el *camino* deviene en nuestro escritor un «medio» privilegiado de expresión, extraordinariamente dúctil, de lo que cabe considerar como la clave de su universo vivencial: el sentimiento del paso del tiempo.

¹⁷ Concha Zardoya, citada en «Editorial», *Anthropos*, 50 (Número especial dedicado a Antonio Machado), 1985, p. 59.

¹⁸ Voz «camino», acepción 2, DRAE, I, p. 250.

Pero decir tiempo, en este punto, no es referirnos a un ingrediente cualquiera de la poética de Machado. Es, en cierto modo, hablar de la substancia misma del hecho creativo del poeta. Unas palabras de Ángel González a este respecto nos parecen especialmente elocuentes:

«En la poesía de Antonio Machado (...) su tema central, el devenir de las cosas en el tiempo –o el efecto del devenir del tiempo sobre las cosas– está expresado por medio de una serie limitada de signos que devienen ellos mismos a lo largo de su obra en verso, modificándose en su transcurrir, combinándose en diferentes proporciones y figuras, y describiendo en su fluencia el mudable estado de la realidad, la condición fugaz de la vida. (...) Así, la poesía de Machado es extraordinariamente eficaz en la expresión de la cualidad cambiante de las cosas humanas, de su perpetua mudanza.» (González, 1982, p. 83)

Un simple verso –literalmente, cuatro palabras– lo expresa con insuperable concisión:

Hoy es siempre todavía.¹⁹

En todo caso, y como hemos apuntado, la dimensión existencial de la idea de ‘camino’ es inseparable de este «fluir temporal». Así se hace visible, de un modo particular, en diferentes momentos del transcurrir de *Soledades*. A modo de ejemplo, nos ha parecido interesante considerar un breve fragmento –apenas una estrofa– de este libro para poner en relieve que en él se condensa uno de los recurrentes motivos de reflexión, por parte del poeta: la *duda existencial*. O expresado de otro modo: una de aquellas «preguntas en apariencia simples, pero inquietantes» –al decir de Juan Cano-Ballesta– a través de las cuales «la existencia se le ofrece insegura y acosada por mil cuestiones».²⁰

Yo voy soñando caminos
de la tarde. ¡Las colinas
doradas, los verdes pinos,

¹⁹ En «Proverbios y cantares», *Poesías completas*, p. 627.

²⁰ Cano-Ballesta, 1977, p. 78.

las polvorientas encinas!...
¿Adónde el camino irá?²¹

He ahí presente, de nuevo, la paradoja: el ‘camino’ evocado en el sueño por el poeta –o mejor, los ‘caminos’– se le antoja posibilidad abierta e ilimitada; vía de acceso a un horizonte libre de obstáculos; pero el camino es también, en su proyección hacia adelante, un gran interrogante. El territorio de la incertidumbre. ¿Cabría deducir de ahí que los interrogantes *metafísicos* de este talante –expresados a través de la metáfora del ‘camino’– desembocan sin más, en Machado, en el escepticismo? Probablemente sea así; pero lo cierto es que el propio escritor, en su desdoblamiento como Juan de Mairena, nos ofrece respecto a esta cuestión una posibilidad de mayor enjundia: el escepticismo tal vez sea, al cabo, fuente de creatividad en estado puro:

«La inseguridad, la incertidumbre, la desconfianza son acaso nuestras únicas verdades. Hay que aferrarse a ellas. No sabemos si el sol ha de salir mañana como ha salido hoy, ni en caso de que salga, si saldrá por el mismo sitio, porque en verdad tampoco podemos precisar este sitio con exactitud astronómica, suponiendo que exista un sitio por donde el sol haya salido alguna vez. (...) La inseguridad es nuestra madre; nuestra musa es la desconfianza. Si damos en poetas es porque, convencidos de esto, pensamos que hay algo que va con nosotros digno de cantarse.» (Machado 2003, I, p. 322)

4.3. ‘Camino’ y ‘caminante’: una dialéctica del movimiento

Señala Ángel González que el *camino*, como imagen, suele aparecer en los poemas de Machado «como una síntesis de dos elementos: el ‘caminante’ y el ‘camino’ propiamente dicho, tan inseparablemente identificados que, en ocasiones, la desaparición de uno lleva consigo la desaparición del otro.» Más adelante añade: «Fiel a su visión dialéctica, el poeta se complace en componer síntesis semejantes, en las que entidades contrarias se armonizan y complementan hasta llegar a veces a identificarse en algún punto de su devenir.» (González, 1982: 47).

El apunte transcrito nos parece altamente sugerente, en la medida en que a través de algo tan difícil de concretar como la dialéctica –que,

²¹ En «Soledades. 1899-1907», *Poesías completas*, p. 436.

a nuestros efectos, sería el proceso de comprensión de la realidad fundado en la contraposición y la síntesis de contrarios²² nos ofrece la posibilidad de considerar el concepto machadiano de ‘camino’ como expresión genuina de la idea de movimiento. Es decir: que por esta vía podemos llegar, en la práctica, a una asunción del concepto que nos sitúa en las antípodas de la idea ‘estática’ y meramente ‘física’ a la que aludíamos al principio.

Muy aleccionadora resulta la aseveración siguiente de González (inserta en el capítulo que lleva por título «Antonio Machado y el discurso dialéctico», epígrafe «Identidad de contrarios»). Aunque algo recurrente, hemos considerado que, por encima de todo, aproxima al lector a una comprensión certera de la complejidad –en el sentido, aquí, de ‘potencialidad creativa’– del pensamiento de Machado:

«Es importante puntualizar que Machado no sólo es dialéctico en el proceso externo de su pensamiento, sino que (...) ve también a las cosas como dialécticas en sí mismas, en constante transformación y movimiento. (...) Machado recorre un camino, lo mira desde diferentes posiciones, y ve además el camino en movimiento: un camino que ‘se aleja y desaparece’, que ‘serpea’, que surge y se borra como las ‘estelas en el mar’. Algo, en resumen, *dialéctico*, que se niega a sí mismo, y que el poeta, en consecuencia, niega –‘caminante, no hay camino’– para afirmarlo después en su realidad cambiante –‘se hace camino al andar’. (...) Cuando hablamos de la dialéctica estamos, en mi opinión, señalando una de las causas primeras que hacen que su poesía sea lo que es: misterio, movilidad, pensamiento y sentimiento vivos». (González, 1982: 44)

4.4. La idea de ‘camino’ vista a través de un poema: *Otro viaje*

Nos proponemos completar el epígrafe mediante un ensayo de lectura crítica, según la clave del ‘camino’ desarrollada en el artículo, del poema titulado «Otro viaje», que forma del libro Campos de Castilla (1907-1917) y figura con el número CXXVII en las Poesías Completas.²³ Se trata de una composición que, a nuestros efectos, tiene las características idóneas para el análisis: es un poema que tiene un

²² Para una consideración más amplia de este concepto sugerimos la lectura de la entrada «DIALÉCTICA» en Ferrater Mora, 2001, I, pp. 866-877.

²³ Machado, 1989, pp. 550-552.

contenido geográfico-descriptivo relevante, la idea de ‘camino’ está muy presente en él y, por lo demás, incorpora en diferentes niveles esa dimensión existencial que podemos conceptualizar como connatural a la poética de Antonio Machado.

El poema, según documenta Ian Gibson, corresponde a la etapa de Baeza (cronológicamente, el biógrafo lo sitúa hacia 1915); publicado inicialmente sin título, recibe primero el nombre de «Viaje», y, finalmente, en las Poesías completas, el título definitivo, «Otro viaje».²⁴ De hecho, tanto el título como lo que podríamos denominar su asunto apuntan a esa idea, el viaje —el *camino*—; en concreto, un trayecto que el viajero/ sujeto protagonista realiza en tren a través de la campiña jiennense. Que se trate de un trayecto en ferrocarril no es mero azar: apunta Gibson que, por aquella época, el poeta «no olvidaba ni dejaba de añorar sus viajes en tren con Leonor.»²⁵ Cabe subrayar, en todo caso, que el contenido descriptivo del poema —unas rápidas pinceladas, como fotogramas— se ajusta perfectamente a la sucesión de imágenes que ofrece, en su marcha, el tren. Incluso el ritmo de la composición sugiere vívidamente —‘resonante, jadeante’— el peculiar ritmo que la locomotora impone.

Pero, en cualquier caso, más que los «exteriores» que la máquina y sus vagones van cruzando, es el *paisaje interior* el que va tomando, según avanza el viaje, verdadera carta de naturaleza. Un paisaje próximo que imaginamos iluminado apenas por la luz del techo, contrapunto de una escenografía exterior —‘nubarrones blancos, oro y grana’; ‘la niebla de la mañana/ huyendo por los barrancos’— de trazos irreales: el territorio del sueño. Y unos interiores sobre los que se alza, más allá de lo cotidiano —el vecino que duerme, el fraile, el cazador, el perro—, el torbellino incontenible del recuerdo: otro viaje, otro tiempo, otra vivencia. Otra realidad, que un día truncó la muerte.

Y más allá del recuerdo, y más acá del traqueteo de ese tren —que camina, silba, humea—, una única evidencia: la soledad. Sentimiento puro, transmutado en palabra en los versos finales del poema. Versos que, según Gibson, tal vez sean los más desoladores jamás escritos por Machado.²⁶

²⁴ Gibson, 2006, p. 318.

²⁵ *Ibid*, p. 318.

²⁶ *Ibid*, p. 318.

Ya en los campos de Jaén,
amanece. Corre el tren
por sus brillantes rieles,
devorando matorrales,
alcaceles, terraplenes,
pedregales,
olivares, caseríos,
praderas y cardizales,
montes y valles sombríos.
Tras la turbia ventanilla,
pasa la devanadera
del campo de primavera.
La luz en el techo brilla
de mi vagón de tercera.
Entre nubarrones blancos,
oro y grana;
la niebla de la mañana
huyendo por los barrancos.
¡Este insomne sueño mío!
¡Este frío
de un amanecer en vela!...
Resonante,
jadeante,
marcha el tren. El campo vuela.
Enfrente de mí, un señor
sobre su manta dormido;
un fraile y un cazador
–el perro a sus pies tendido–.
Yo contemplo mi equipaje,
mi viejo saco de cuero;
y recuerdo otro viaje
hacia las tierras del Duero.
Otro viaje de ayer
por la tierra castellana,
–¡pinos del amanecer
entre Almazán y Quintana!–
¡Y alegría
de un viajar en compañía!
¡Y la unión
que ha roto la muerte un día!
¡Mano fría
que aprietas mi corazón!

Tren, camina, silba, humea,
acarrea,
tu ejército de vagones,
ajetrea
maletas y corazones.
Soledad,
sequedad.
Tan pobre me estoy quedando,
que ya ni siquiera estoy
conmigo, ni sé si voy
conmigo a solas viajando.

5. Epílogo

Noción recurrente a lo largo de toda su obra, presente en ella tanto en extensión como en intensidad, polisémica y polivalente, y en cualquier caso inagotable, el *camino* tal vez sea, también, la metáfora de la vida misma de Antonio Machado. Muchos de los aspectos de su biografía, como escritor pero también como intelectual y hombre de mundo, podrían ser abordados lúcidamente, en su caso, desde esta misma tesitura. La idea de *camino*, por los significados que puede llegar a contener, por sus posibilidades de desdoblamiento semántico, por su capacidad de sugestión y, en definitiva, por su potencialidad metonímica deviene, en el fondo, *palabra clave* en el universo creativo de nuestro personaje. Como geógrafos podemos considerarnos afortunados: un concepto como el de *camino*, que puede considerarse, con todos sus términos derivados y conexos, verdaderamente central en nuestra disciplina, tiene en la historia de la literatura a un autor, Antonio Machado, que lo convirtió en eje directriz de sus reflexiones y cuitas, y en motivo sustancial de un número muy significativo de sus trabajos.

Y no importa, a este respecto, que se intente distinguir entre un «uso descriptivo» y un pretendidamente exclusivo «uso poético» del concepto, en un intento de diferenciar artificiosamente los derroteros respectivos de la geografía y de la literatura. No importa, porque una figura como la que nos ocupa está muy por encima de tales pretensiones y de la inanidad que a menudo suponen. Precisamente el profesor y crítico Ángel González, citado en varios momentos del texto, estimó que «una de las identidades mágicas –tal vez la más

admirable– que la poesía de Machado establece, *es la identidad entre el lenguaje descriptivo y denotativo y la expresión de lo inefable.*»²⁷
Observación que suscribimos de pleno, porque a nuestro juicio sintetiza en apenas una frase el logro más esencial de nuestro escritor.

Referencias

- Alonso, F. (2009), «Los paisajes sorianos de Antonio Machado. Recreación de algunos lugares evocadores», en MARTÍNEZ DE PISÓN, E; Ortega, N., eds., *Los valores del paisaje*, Madrid, Fundación Duques de Soria-Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid, pp. 259-292.
- Bergson, H. (2004), *Memoria y vida. Textos escogidos por Gilles Deleuze*, Madrid, Alianza Editorial.
- Cano-Ballesta, J. (1977), «Antonio Machado y la crisis del hombre moderno», en Ángeles, J., ed., *Estudios sobre Antonio Machado*, Barcelona, Ariel, pp. 73-96.
- Carpintero, H. et al. (1976), *Antonio Machado y Soria*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Echeverría, J. (1985), «El cantar y el decir filosófico de Antonio Machado», en *Anthropos*, 50 (Número extraordinario dedicado a Antonio Machado), pp. 106-114.
- Fernández Ferrer, A. (2003), «Introducción», en Machado, A.: *Juan de Mairena*, I. Edición de Antonio Fernández Ferrer, Madrid, Cátedra, pp. 9-52.
- Ferrater Mora, J. (2001), *Diccionario de filosofía*. Edición a cargo de Josep M. Terricabras, Barcelona, Ariel (4 tomos).
- García Bacca, J. D. (1975), «Antonio Machado, ¿poeta o filósofo?», en *Cuadernos para el diálogo*, extra XLIX, pp. 14-21.
- García Bacca, J. D. (1984), *Invitación a filosofar (según espíritu y letra de Antonio Machado)*, Barcelona, Anthropos.
- Gibson, I. (2006), *Ligero de equipaje. La vida de Antonio Machado*, Madrid, Santillana.
- González, A. (1982), *Aproximaciones a Antonio Machado*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Machado, A. (1989), *Poesías completas*. Edición crítica de Oreste Macrì con la colaboración de Gaetano Chiappini, Madrid, Espasa Calpe-Fundación Antonio Machado.

²⁷ González, 1982, p. 88. La cursiva es nuestra.

- Machado, A. (2003), *Juan de Mairena*, I. Edición de Antonio Fernández Ferrer, Madrid, Cátedra.
- Macrì, O. (1989), «Introducción» en Machado, A., *Poesías completas*. Edición crítica de Oreste Macrì con la colaboración de Gaetano Chiappini, Madrid, Espasa Calpe-Fundación Antonio Machado, pp. 11-245.
- Martínez de Pisón, E. (1998), *Imagen del paisaje. La generación del 98 y Ortega y Gasset*, Madrid, Caja Madrid.
- Orozco Díaz, E. (1974), «Antonio Machado en el camino», en *Paisaje y sentimiento de la naturaleza en la poesía española*, Madrid, Ediciones del Centro, pp. 173-242.
- Roig, A. A. (1980), «Introducción», en Estrabón, *Geografía. Prolegómenos*, Madrid, pp. IX-LVII.
- Terán, M. de (1976), «Los años de aprendizaje de Antonio Machado. (Su relación con la Institución Libre de Enseñanza)» en *Antonio Machado y Soria. Homenaje en el primer centenario de su nacimiento. Ciclo de conferencias organizadas*, Soria, Centre de Estudios Sorianos (CSIC), pp. 129-147.
- Tort, J. (2009), «El paisaje existencial. Consideraciones sobre el valor geográfico de la obra de Joan Maragall», en *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, 51, pp. 153-173.
- Tort, J. (2010), «El concepto de paisaje en Joan Maragall. Una lectura desde la geografía», en Ortega, N.; García Alvarez, J.; Mollà, M., eds. *Lenguajes y visiones del paisaje y del territorio*, Madrid, Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid-Asociación de Geógrafos Españoles-Universidad Carlos III de Madrid, pp. 109-119.